El señalador

Mateo encontró un boleto de colectivo entre las páginas de una novela prestada. En el reverso alguien había escrito «seguir mañana». La letra era de Eugenia, que le había prestado el libro antes de mudarse.

Llegó a esa página un domingo. Era una escena intrascendente: dos personajes pelaban naranjas junto a una ventana. Se preguntó por qué habría parado ahí. Miró el boleto y vio que estaba fechado el día en que ella se lo había dado.

Le escribió para preguntarle si quería que se lo devolviera. Eugenia respondió que todavía le faltaba el último capítulo. Mateo pensó en contárselo al terminar; después le propuso leerlo juntos por teléfono.

Esa noche, al cerrar el libro, volvió a dejar el boleto entre las mismas dos páginas. Del otro lado de la ciudad alguien seguía leyendo a su ritmo.